
SELECCIÓN DE TEXTOS - I -

Francisco Cuervo-Arango

—Voy a presentar dos textos. El primero es una apropiación muy personal del Cántico de las criaturas, de san Francisco de Asís. Y, para que tengáis a mano el texto íntegro de san Francisco, lo voy a transcribir. Así podréis comprobar fácilmente qué cosas corrijo, qué suprimo y qué añado. Es éste:

“Altísimo, omnipotente, buen Señor, tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor, y toda bendición. A tí solo, Altísimo, convienen, y ningún hombre es digno de hacer de Tí mención.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas, especialmente por nuestro señor el hermano sol, el cual nos trae el día y por el cual nos iluminas; es bello, radiante, con gran esplendor: de Tí, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas: en el cielo las has formado claras, preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento, y por el aire, y el nublado, y el sereno, y todo tiempo, por el cual a tus criaturas das sustento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana agua, la cual es muy útil, y humilde, y preciosa, y casta.

Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego, por el cual alumbras la noche, y es bello, alegre, robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana madre Tierra, la cual nos sostiene y gobierna, y produce diversos frutos, con vistosas flores y hierbas.

Loado seas, mi Señor, por quienes perdonan por tu amor, y soportan enfermedad y tribulación; dichosos aquéllos que lo sobrellevan con paz, pues por ti, Altísimo, coronados serán.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar. ¡Ay de aquéllos

que mueren en pecado mortal! ¡Dichosos aquéllos a quienes hallará en tu santísima voluntad, porque la muerte segunda no les hará mal!

Alabad y bendecid a mi Señor, y dadle gracias, y servidle con gran humildad.”

Esta plegaria de san Francisco la he rezado durante algunos años. Es una oración que las Comunidades del Arca, de Lanza del Vasto, incluyen entre sus plegarias. Recitada al amanecer, en pequeño grupo, y en plena naturaleza, nos resultaba preciosa. ¿Cómo no recordarla?

Sin embargo, desde la Edad Media hasta hoy, ha llovido mucho, y el universo mental de un hombre del siglo XX ha ido cambiando. ¿Por qué no reflejar estos cambios en la plegaria?

Como veis, es un canto de alabanza. Quien canta, su mal espanta, dice el refranero. Si estamos enfermos, ¿no se debe, en gran medida, al olvido de la Alegría de la creación? Decía Thomas Merton, en un artículo muy interesante titulado “La recuperación del Paraíso”: “El Paraíso no es el Cielo: es un estado -o un lugar- en la Tierra. Pertenece más a la vida presente que a la futura”. Y es importante que, antes de morir -que antes de integrarnos totalmente en Él-, entremos en el Paraíso. Es verdad que su entrada está guardada por ángeles que llevan espadas de llama vibrante, pero, por difícil que sea, es preciso entrar antes de morir.

Francisco de Asís había entrado, y no hay mejor prueba de ello que este Cántico de la creaturas. Para entrar, hay que recobrar la inocencia perdida, o, tal vez, recibirla o descubrirla por vez primera. Si por fin descubrimos nuestra inocencia originaria, que está bien escondida, ya no nos avergonzaremos de nuestra desnudez, de nuestra desnudez física, psíquica, moral y espiritual. Y, poco a poco, se extinguirá la angustia que bloquea y atenaza nuestro existir. ¿No creéis que entonces, con una mirada, -por fin inocente-, la vida sobre la Tierra sería un Paraíso para quien así la viviera?

En la oración que yo hago, hay una valoración importante de la sexualidad, tan característica del Reino animal en el que estamos insertos. San Francisco la omite totalmente. En nuestra tradición espiritual, se la condenaba al silencio. Estos asuntos, “nec nominentur in vobis” (“ni se nombren entre vosotros”), se nos decía. Pero, entonces, relegada a la Sombra, ¿no aparece la sexualidad a nuestros ojos deformada

y monstruosa, como esos fantasmas de los miedos infantiles? El resultado es que la buena, la muy buena Creación de Dios, aparece mutilada y calumniada. Ahora, al atardecer, y después de haber sufrido mucho por su causa, empiezo -por fin-, a vislumbrarla enteramente inocente. De ahí que la incluya en el Cántico, salvando una omisión que el Medievo impuso a Francisco.

Otras variaciones hay, pero no me voy a extender. Comparando un texto con el otro son fáciles de ver. Sólo mantengo íntegros los versos dedicados al sol, luna y estrellas, así como a los cuatro elementos: aire, agua, fuego y tierra. Dice así:

“Altísimo, Profundísimo, oh mi Señor, tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor, y toda bendición. Nosotros necesitamos cantarte y hacer de Ti mención.

Loado seas mi Señor con todas tus creaturas, especialmente por nuestro señor el hermano sol, el cual nos trae el día y por el cual nos ilumina: es bello, radiante, con gran esplendor. De Ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas. En el cielo las has formado claras, preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento. Y por el aire, y el nublado, y el sereno, y todo tiempo, por el cual a tus creaturas das sustento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana agua, la cual es muy útil, y humilde, y preciosa, y casta.

Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego, por el cual alumbras la noche. Es bello, alegre, robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana Madre Tierra, la cual nos sostiene y gobierna, y produce diversos frutos, con vistosas flores y hierbas.

Loado seas, mi Señor, por nuestros hermanos distantes, los animales libres: unos nos temen y a otros los tememos. ¡Y son tan bellos!

Loado seas, mi Señor, por nuestros hermanos cercanos, los animales domésticos: tan fieles, tan mansos y confiados... ¡Que nunca les perdamos el respeto!

Loado seas, mi Señor, por nuestra común sexualidad, gracias a la cual los miembros se llenan de vida y la carne se levanta, como esbozo y anhelo de una impensable resurrección...

Loado seas, mi Señor, por la creatura más bella de todas cuantas haces, el Hombre y la Mujer. Loado seas mi Señor. Cuando están en comunión, y unidos en desnudez, nada hay que los iguale. Loado seas mi Señor. Se dan y se acogen, se acogen y se dan. Si lo hacen en la intimidad de su alcoba, loado seas, mi Señor. Y si lo hacen bañados por tu sol, acariciados por la suavidad de tu brisa, en el esplendor de la hierba, o sumergidos en el frescor de tus aguas, loado seas, mi Señor. ¿Hay alguna imagen tuya más bella y más exacta? Con ellos, la Tierra entra en su gloria y el Cielo estalla de alegría.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la Pobreza Noble: nos libra de tantas necesidades, y nos abre al placer más eminente: dar y recibir en toda gratuidad.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal, y por sus dos mensajeras, vejez y enfermedad: nos dicen al oído: "Ya estoy aquí, ya estoy aquí". Y el ser humano, logrado y lleno de días, ante Tí se llena de emoción.

Loado seas, mi Señor, por la Noche profunda: en ella se opera, envuelta en silencio total, nuestra gran Transformación...

Loado seas, mi Señor, por tu Ser que nos envuelve. Tu placer nos precede, tu placer nos acompaña, tu placer lo envuelve todo. Loado seas, mi Señor.

Loado seas, mi Señor, eternamente y por los siglos de los siglos. Amén."

—Aún voy a presentar otro texto. Propiamente no es una oración del hombre hacia su Dios, sino, más bien, es como si Dios se dirigiera al hombre.

Hace tiempo que le doy muchas vueltas a la oración del Fariseo, de Luc 18: “Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni como ese Publicano... Ayuno dos veces por semana, pago el diezmo de todo cuanto poseo...” ¡Oh, qué constante es esta oración en todos los que somos hombres religiosos! ¡No queremos ser como los demás! ¡Qué lucha continua por no parecerlo y por no serlo!

Frente a esa oración, Jesús contrapone la del Publicano: “Oh Dios, ten piedad de mí, hombre pecador”, común, como todos...! Y ve, en esta oración, la única actitud justa, exacta, ante Dios. Este es un tema que me coge mucho. Y hace unos meses escribía para mí:

“Estoy un poco pillado por el tema de la Sombra. Estoy leyendo “Encuentros con la Sombra” (o el poder del lado oscuro de nuestra personalidad). Este interés nace —según creo— de esa necesidad que tengo de abandonar mis fortísimas defensas, reconociendo, mansa y humildemente, mi ser enteramente común. Necesito alejarme de la conciencia farisaica y entrar en la conciencia “publicana”: “Oh Dios, ten piedad de mí, que soy un hombre pecador, enteramente común...” Y me pregunto: ¿Hay un más allá de la conciencia publicana? Algo así como: “*Oh Dios, te doy gracias porque soy un hombre enteramente común, como los demás, con luces y con sombras, con días y con noches, con días clarísimos y con noches oscurísimas... Te doy gracias porque al fin reconozco, en paz —y con qué fina alegría!—, que no me tengo que defender de nada, ni de nadie, ni de mí mismo, pues no tiene sentido*”.

Empiezo a oír tu voz que resuena en el corazón de todo hombre común: “*Tú eres mi hijo muy amado en quien me complazco, en quien me deleito, pues te necesitaba para poder amar, para poderte amar por puro placer. Y por fin te dejas amar, ya no te escondes diciendo “es que estaba desnudo y temí”. ¡Si me encanta tu desnudez, tu desnudez física y psíquica, intelectual y moral, sí, tu desnudez espiritual! ¿Cómo has tardado tanto en darte cuenta? Y eso que hace dos mil años, Jesús, ¿te acuerdas?, el de Nazareth, el de aquella aldea minúscula de la que no podía salir nada bueno, se dio cuenta de todo esto tan claramente... ¡Cómo me animé viéndolo! Y me decía; “¡Ahora, todos comprenderán!”*” Pe-

ro, ¡qué va! Y me pregunto: Pero, ¿cómo habéis podido hacer de Él esa caricatura en la que le habéis convertido a lo largo de todos estos siglos? ¡Oh, qué miedo os tenéis a vosotros mismos. Ahora comprendo por qué no le pudisteis soportar, excluyéndole totalmente de vuestro mundo, de vuestra conciencia! ¡Si Yo os había creado desnudos, completamente desnudos para que os llenárais de Mí mismo, para ser Yo vuestro vestido, y vuestra forma y vuestro aliento...! Pensaba que estaríais encantados con el puro placer de recibir... ¡El puro placer! Eso es lo que nos uniría íntimamente: Yo, dándome por puro placer. Tú recibíendome por puro placer. ¿No fue una buena idea?"

Y sigue diciendo Dios al Hombre, a su Único: "¿Te das cuenta, muchacho? ¡Sin ti, Yo no podría Ser! ¿Dónde -dime-, dónde volcar mi Amor? Creo que enloquecería, ¿entiendes? Soy Amor y necesito comunicarme. Mi Ser es Comunión. ¿Tan difícil de entender es eso?"

Este era el otro texto que os quería presentar. Como veis, es un modo de expresar el interior de la conciencia de Jesús, el Publicano arquetípico, el que interiormente no se separaba de nadie, el que contestó inmediatamente a uno que le llamó "bueno": "¿por qué me llamas Bueno? Nadie es Bueno sino el Único, Dios."

¿Sólo es un modo de presentar el interior de la conciencia de Jesús? Si entramos en el surco de ese Hombre inolvidable, ¿no se convertirá la relación de cada uno con su Dios en una nueva edición, adaptada a culturas y civilizaciones diversas, de la Relación Única que se manifestó hace dos mil años entre Jesús de Nazareth y Aquél a quien llamó Abba...? Sí, en serio: ¿Quiénes somos cada uno de nosotros? ¿solamente ése que conocemos, hijo de aquel hombre y de aquella mujer, carpintero, o albañil o ingeniero, tanto da, de ese pueblo, o de esa ciudad, etc., etc.? ¿Acaso se agota así el misterio que uno es? ¿Y si la llamada más profunda de cada ser humano fuera a oírse decir un día que también él fue engendrado no creado, antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, etc., etc., etc.? Por Él, con Él y en Él, ¿no tenemos acceso a esta esperanza? Sin duda, sin duda... ¿Qué significa, si no, aquello del prólogo del cuarto evangelio: "A cuantos le recibieron les dio, a cada uno, la capacidad de llegar a convertirse en Hijo de Dios..."?